

A la conquista de un "Mundo Mejor"

Expedición Misionera a Bolivia *

I I I

De Cochabamba a Sucre y Tarija, en avión.

Persistentes en nuestro objetivo de salvar almas, remontamos nuestro vuelo de *Cochabamba* —primera ciudad de conquista en nuestra empresa apostólica sobre el territorio de Bolivia—, para trasladarnos a otras dos ciudades importantes, unos a *Sucre* y otros a *Tarija*. Había que ir ganando tiempo y, a la vez, extendiendo cuanto más se pudiese el radio de acción.

En *Tarija* la casi totalidad de la población es blanca, piadosa, atenta y muy cumplida con el extranjero. Hablan un castellano muy puro y les deleitan las rondallas a estilo andaluz y cultivan la narración novelada de leyendas de bellas tradiciones históricas. Su misma afición por el arte, la música y la poesía, les lleva a valorar grandemente la virtud; y la Misión tuvo aquí un éxito arrollador. El 97 por 100 de sus habitantes vivió con intensidad y emoción esos días de carismas extraordinarios de lo alto.

Sucre es la población que mantiene aún los diversos nombres que, en el transcurso de la historia, ha recibido. Se la llama: *Charcas*, por el denominativo de las tribus residentes allí a la llegada de los primeros españoles; *Chuquisaca*, y a sus moradores se les bautiza con el nombre de *chuquisaqueños*, por la palabra que, en idioma indio, equivale a puente o montaña de plata; y *La Plata*, por las muchas minas de este precioso metal que había en sus inmediaciones y en su mismo territorio.

Sin embargo, hoy el apelativo de *La Plata* se usa solo para designar la archidiócesis; el de *Charcas* con referencia a su afamada Universidad de San Francisco Javier, a la que desde los primeros

* Véase NATURALEZA Y GRACIA, 5 (1958), 131-154.

años de residencia de los españoles, se le otorgó los mismos honores y prerrogativas que gozaba la de Salamanca; y el de *Chuquisaca*, se reserva como denominación de todo el departamento. Pero, en el lenguaje del pueblo, todavía las Charcas y Chuquisaca expresan lo mismo la ciudad que la región, mientras que *Sucre* se emplea tan solo como nombre de la urbe.

Es tenida Sucre, aún hoy mismo, como la ciudad aristocrática y de más refinados gustos al estilo de las de Europa. Y esto tanto en la elegancia del vestir y en lo referente a la etiqueta social como en la decoración de sus viviendas y en sus fiestas de sociedad, «*reminiscencia de los bailes de corte que se daban en los tiempos coloniales*». No en vano ha sido y, por ley, continúa siendo, la histórica capital del país y residencia de las familias más sobresalientes y más adineradas; si bien, en estos últimos años, han sufrido grandes reveses en sus fortunas y graves vejaciones en sus personas por banderías políticas. De los chuquisaqueños —no se olvide que así se denomina a los habitantes de esta ciudad— se dice que son «*orgullosos y altivos, carácter que heredaron de los españoles*». Y es fama que sus mujeres, al igual que las españolas, son «*bellas y hacen gala de su exquisita delicadeza de espíritu*».

En sus domicilios se atesoran valiosos obras de arte, no muy en uso por aquellas tierras: cuadros, miniaturas, espejos de cuerpo entero, tapices, lámparas, sedas y bordados... Y las edificaciones son muy asemejadas a las andaluzas con patios, escalinatas, fuentes, corredores y balcones floridos; y todo el exterior encalado con esmero, por lo que se llama a Sucre «*la ciudad blanca*». Fué, en la época colonial, sede de la Audiencia de los Charcas, y continúa siendo de la Corte Suprema de la Nación, y funciona aún su Universidad Mayor, de renombre en el Continente. Pero, en la época moderna, la importancia histórica de Sucre se basa en haber sido morada de la Asamblea Constituyente que, en 6 de agosto de 1825, votó la independencia y fundación de Bolivia, conocida hasta entonces por el reino del Alto Perú.

Henchida de recuerdos del pasado y no menos pletórica de gestas en su historial moderno, la ciudad de La Plata nos sorprendió, ya desde el primer día, por su entusiasmo religioso y el acervo artístico que, en América, sólo ella podrá presentar, y que exhibió en la gran concentración de carrozas efectuada en su elegante Estadio y en una tarde del frío más intenso que sentimos en toda América.

Se trataba de la escenificación de los quince misterios del Rosario. Aquí no se hizo valiéndose de tipos humanos —figuras de carne y hueso— como se acostumbraba; y de ahí la denominación de *Rosario* viviente con que se conoce este acto procesional; antes fue-

ron utilizadas relevantes estatuas escultóricas y cuadros escogidos de acreditada pintura de los siglos pasados. Fué toda una *magnífica exposición de Arte Religioso*, que aún después permaneció unas horas con buena iluminación en la Plaza del 25 de Mayo, para que el gentío incontable de asistentes mejor pudiera deleitarse con tanta belleza artística. Los grandes maestros: Murillo, Leonardo de Vinci, Hoffman, Rafael, Boticelli..., estaban allí representados. Tallas virreinales e imágenes policromadas de los siglos xvii y xviii, concebidas y ejecutadas con mentalidad barroca europea y también mestiza y hasta indígena. En orfebrería recordamos, entre otros valiosísimos presentes, la histórica Cruz —que figuraba en el cuarto Misterio Doloroso— y que era la misma con que, el 29 de septiembre de 1538 y por orden de Francisco Pizarro, el marqués de Campo Redondo, don Pedro de Anzures, fundó la villa de La Plata, o lo que es lo mismo, *Sucre*. En tapicerías y bordados, queremos consignar: los ornamentos de Santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), arzobispo de Lima, traídos en 1601 por D. Alonso Ramírez de Vergara a la Santa Catedral Primada de esta ciudad; la casulla que, en el año 1567, regaló a la misma Iglesia Catedral de los Charcas, Su Majestad el Rey Felipe II; y las vestiduras sagradas que el Papa Urbano VIII envió como presente a D. Fernando Arias de Ugarte (1626-1630), arzobispo de la sede de Sucre... Piezas todas ellas recamadas de oro y plata y de una labor de mano incalculable.

Ciudad que con tanto esmero conservaba su tesoro estético y cultural, nos impulsó a concebir los más halagüeños resultados sobre el éxito de la campaña católica que se iniciaba. Siempre el saber y el arte han sido y son buenos compañeros de la fe y de la virtud. Y cierto que *Sucre* hizo honor a su acrisolado catolicismo de que tiene justa y bien merecida fama. En ninguna otra de las ciudades misionadas, el porcentaje de asistencias y de recepción de Sacramentos fué tan elevado. Las creencias religiosas que los españoles, fundadores de la ciudad, les legaron, se han mantenido siempre en intensa vivencia de los espíritus; y desde 1600 la Orden Franciscana se estableció en Sucre y mantiene aún ahora dos grandes Conventos, para sostenerlas y propagarlas; y es de desear vuelva la edad de oro de verse totalmente lleno el gran cenobio de La Recoleta, bautizado así por ser monte santo a donde se retiraban, por temporadas, los infatigables adalides del Evangelio, para salir de nuevo abrasados en las llamas del amor de Dios y de las almas, en busca de cuantos precisaban de sus ministerios sacerdotales. Los sucrenses, por su parte, las siguen defendiendo con idéntica valentía y tesón, con que salvaguardan su hacienda y sus joyas, su lengua y su aire señorial.

Acaso por esto mismo, las recientes campañas de odios marxis-

tas, encubiertas bajo capa de apelativos más suaves, se han cebado sañudamente sobre las más pundonorosas familias de la urbe, y funestas divisiones de rapaz politiquero las ha despojado de sus haciendas, las han mantenido amordazadas, como a casi todo el país. Aún encontramos fresca la sangre de los torturados por estas revanchas políticas, a nuestra entrada en la ciudad. Pero estas salvajadas revolucionarias en nada han hecho amenguar en los chuquisaqueños su fidelidad y su entrega a las doctrinas salvadoras de Cristo. El martirio no les hace temblar, y más aún por su fe que por la misma patria, están dispuestos a hacer lema de su vivir esta estrofa de su himno nacional: «¡Morir, antes que esclavos vivir!».

Por eso, en todas las clases sociales de Sucre, desde las más adineradas hasta las más humildes —que hoy forman un barrio a las afueras, cercano al austero convento de La Recoleta—, palpita con hervor una corriente entusiasta a favor del credo católico y que, durante los actos de la Santa Misión, se iba como desbordando y, transformada en ingente riada de masas, llegó a remansarse en pleamar en los actos más principales, como fueron, la Comunión general de niños; la Misa y Comunión de Juventudes de uno y otro sexo; la concentración de hombres en la Plaza del 25 de Mayo para el Vía-crucis penitencial; la Hora Santa seguida de Santa Misa, a media noche, para solo caballeros en el templo catedralicio; y, de modo singular, la magna procesión con la efigie de *Nuestra Señora de Guadalupe*, Patrona de la villa. Esta última fué algo verdaderamente masivo. La Virgen salió de su capilla, adosada a la Catedral, para sonreír y alentar a sus buenos hijos, para mirar misericordiosa a los extraviados por ideologías falsas o por degradación moral, para atraerlos a todos; y marchaba por las calles recogiendo, en el largo itinerario, el corazón de todos los sucrenses, porque todos, sin discriminación de matices, habían acudido a honrarla. Haga Ella que sean siempre las almas de los moradores de La Plata los que estén muy cerca de su corazón maternal, y formen así su mejor diadema. Y otorgue a Sucre la tranquilidad en el orden y un inmediato porvenir de dichas y prosperidades sin cuento.

Al encuentro de nuevas peripecias apostólicas: POTOSI, ciudad de embrujo...

Con no exigua nostalgia tuvimos que abandonar Sucre, una vez finalizado nuestro cometido. Y, por ferrocarril, nos trasladamos a la histórica Villa Imperial de Carlos V, *POTOSI*, la ciudad del embrujo y de la magia en ese arte alquimista de soñar con riquezas e inmediatamente poseerlas. Es legendaria en todo el mundo la fama de

Potosí por el incalculable erario argentífero con que contaba en otros tiempos, que «ya se fueron para no volver».

Fundada la ciudad en 1546 por Juan de Villarroel, Diego Centeno y el maestro de campo, Pedro Cotamito, alcanzaba, al año, que el gran monarca español la honrase, por Cédula real de 28 de enero de 1547, con el título de «Villa Imperial» y le asignase «escudo de armas que había de servirle de blasón».

Y nada tiene de extraño. Pues, se cuenta que, en solo 18 meses, se edificaron más de 2.500 casas para unas 14.000 personas que se congregaron allí entre españoles e indígenas. Y en 1573, según el censo mandado levantar por el virrey de Toledo, dió ya de población 120.000 habitantes. Se ve que el movimiento emigratorio de personal y el consiguiente problema de la vivienda que en sí esto lleva, no es fenómeno exclusivo de los tiempos nuevos, como tan a voleo hoy se asegura; antes se ha dejado sentir en otras épocas y cuantas veces nuevos hontanares de riquezas brindan el bienestar al hombre. Pero se nos antoja tarea de titanes, el ritmo acelerado de construcción que emprende aquel puñado de españoles en levantar edificios tan sólidos y obras tan resistentes, máxime teniendo en cuenta la circunstancia de hallarse en un país nada diestro en semejantes quehaceres y la carestía de medios técnicos que, como acompañante inoportuna, sigue de continuo los pasos de los descubridores. Y sin embargo, allí están en pie sus obras al igual que perseveran los diques que fraguaron para la recogida y conducción de aguas de 32 lagunas para servicio de la ciudad y lavado de los minerales. Seguro que entonces se fabricaba con gana y a conciencia, y el tiempo se ha visto en la precisión de respetar estas creaciones del ingenio del hombre.

Potosí atrae y seduce. El dicho: «*esto vale un Potosí*», aún ahora corriente entre nosotros para ponderar de modo hiperbólico la excelstitud y preciosidad de algo, conserva su significación. Mas no ya en orden a la cantidad de plata que manaba del «Cerro rico», y del cual se ha supuesto, según cálculo de buenos hacendistas, que se ha extraído un tercio de la producción total de plata que a América se atribuye; sino por el atractivo que hoy la ciudad conserva como población típicamente colonial. Es ciudad de gran tipismo en el país, henchida de recuerdos y de tradiciones.

Potosí tiene algo misterioso que, no en todas partes, se logra contemplar: es el sello de su pasado, de un pasado de mito y, a la vez, de realidad. Los barrios, las plazuelas y callejones, y las mismas viviendas urbanas, están magnificadas por hechos y aventuras que hablan todavía al viajero y le hechizan con el sortilegio de proezas de fantasía y de hazañas sin cuento.

Monumento de tan recia arquitectura, como la *Casa de la Mone-*

da, erigida toda de piedra y restaurada ahora con muy buen acierto y primor; edificios señoriales como la «Casa Quirós», el palacio de los «Condes de Otavi» y la «Casa del Corregimiento»... con escudos y emblemas heráldicos en sus fachadas; filigranas tan sùtiles en las portadas como la de la Iglesia de San Lorenzo y de los actuales teatros Municipal y Cine Imperial, antes convento e iglesia de la Compañía de Jesús y de los Bethelimitas respectivamente; el suntuoso enracimado de balcones, enrejados y fachadas, que el turista descubre al recorrer las vías, por lo común, estrechas y no muy bien alineadas y, en algunos puntos, tortuosas, del viejo casco de la población con casas poco elevadas y de un solo piso con el entresuelo, por lo general; todo esto, —si exceptúa hoy el centro de la urbe, en que se ha reunido todo el comercio y se han levantado residencias particulares de dos pisos—, impele a evocar, a vivir los todavía no bien cantados tiempos de grandiosa epopeya, en que se desenvolvió la tan criticada, por no bien estudiada ni conocida, dominación española, que confirió a esta ciudad, asentada a más de 4.150 metros de altura y en las mismas faldas del afamado «Cerro rico», toda su grandeza, su renombre y fama legendaria. La historia va de día en día «desfaciendo entuertos» y proclamando muy alto que fué «en extremo benéfica».

La vida potosina actual, y la respuesta de sus gentes al llamamiento de la Santa Misión.

Hoy la vida, en la que ayer fué rica región minera, transcurre monótona, triste y hasta bastante depauperada. El enigmático y pródigo Cerro, que allí había y que encandiló al mundo con la simple palabra de «*potosí*» —vocabló que, en lengua quechua, equivale a «reventar, manar, brotar»..., pues, de hecho, a chorro discurría en él la plata—; aunque está allí en su mole, se encuentra por dentro exhausto. Los cientos o miles de bocas que, por todas partes, la codicia humana aliada con la técnica le han abierto, ya no vomitan, sólo gotean, el tan codiciado metal. Semeja ser un coloso que mantiene sus ojos abiertos, pero se halla ya sin vida, momificado; al igual que las mariposas, que se exponen disecadas en las vitrinas de los museos, no pueden volar, no obstante tener sus alas extendidas.

La producción argentífera, al presente, no asciende a las proporciones del pasado; si bien continúa rica la dádiva de estaño y otros metales, inferiores a la cotización de la plata, pero superiores en la cantidad de extracción. Tampoco es ahora el *Real Ingenio de España*,

quien los labora, sino el Real Socavón —compañía, hace años inglesa, y hoy, según nos dijeron, norteamericana—. Ella es la actual encargada de la explotación del cerro y nada deja en Potosí, antes todo lo transporta a Estados Unidos en envases ya apropiados, que llevan la etiqueta «made in U. S. A.» ¿No se esconderá aquí el misterio de que la adinerada villa de antaño se encuentre hogaño en extrema penuria, sin disfrutar, ni en la elaboración de lo que es suyo, y de que una asoladora esterilidad, como la del campo que la circunda —estepario y cubierto por miserables y semipeladas rocas negras sin apenas vegetación—, la mantenga paralizada respecto de las glorias de su pasado y sin recursos económicos para marchar al ritmo de los pueblos progresistas como la correspondería hoy?

Pero, si la rapacidad devorante del más fuerte aún ahora se incauta de los tesoros potosinos —y Potosí permanece siendo en minerales el departamento más rico de la nación—, no ha logrado ni adueñarse ni alterar los muchos bienes que enriquecen el espíritu de sus hijos. Estos perseveran en el auge y apogeo de bellas cualidades de siempre. Hay que convivir entre ellos para probarlo y comprender toda su anchura y profundidad.

En el periodo de su mayor esplendor, como fué el de los tiempos de la colonia, levantaron en la urbe más de *sesenta Iglesias*. Templos que, si eran una maravilla en el exterior, internamente sobresalían mucho más por la munificencia de sus retablos y altares, por las tallas y ornamentos, de maestría singular en la ejecución y de riqueza invalorable por la materia de su forja y repujado, generalmente plata, así como por la esbeltez del estilo arquitectónico que en ellos imperaba. San Francisco, San Lorenzo, San Agustín, Santa Bárbara, San Benito, la Merced, los Jesuitas..., son aún buen exponente de esas glorias. La piqueta destructora del tiempo y el abandono en que les ha dejado la sordidez de advenedizos logreros han conseguido demoler las frías e indefensas piedras de varias de estas edificaciones, aunque otras permanecen con sus torres enhiestas.

Hoy el número de templos existentes en Potosí, parangonado con los que había en los años de su grandeza, ha descendido mucho. Pero, lo que persiste, sin doblegarse al despotismo, es el fervor y la unidad de fe que España llevó al noble corazón de sus hijos.

Por eso, desde el primer contacto con los Misioneros hasta el última ceremonia, la de clausura de la Santa Misión, los potosinos, tan avezados a los vaivenes y altibajos de la fortuna, se dieron totalmente a lo que no fenece, a la meditación y vivencia de lo eterno.

El acto de apertura se tuvo en la plaza mayor y de frente a la Catedral. Sobre el mismo informaba la prensa de Bolivia: «*El 10 de agosto (de 1957) se inauguró en Potosí la Misión con un solemne y*

nutrido acto ante el pórtico de la Iglesia Catedral. Dió la bienvenida a los Misioneros Mons. Cleto Loayza, Obispo de Potosí, y habló en nombre de todos ellos el P. Sixto María de Pesquera». Desde este momento los actos de la Misión se fueron desarrollando con un concurso cada vez mayor en todos los centros, y, desde el principio, se destacó la presencia numerosísima de mineros y campesinos. Se puede asegurar que ninguna otra población superó a ésta en entusiasmo y en decidida entrega.

En la Catedral eran miles los hombres que allí acudían todas las noches para los actos reservados a ellos. En la Universidad Mayor «Tomás Frías», las conferencias dadas por los Padres Huelin, Arcusa y el que esto escribe, eran seguidas con interés creciente. Y lo mismo puede afirmarse de las pronunciadas en la Corte de Justicia, Cooperativas Mineras, diversos Sindicatos y Colegios de Secundaria. Igualmente las dichas a Carabineros, Ejército, Agentes de Tránsito, y las dadas por radio para enfermos e impedidos. Y en la Parroquia de la Concepción, la más alta de toda la ciudad —y en este centro tuvimos que actuar— los presagios de los más optimistas delataban por anticipado como éxito rotundo, el llegar a conseguir la asistencia de unas 200 personas. Pero la realidad se encargó de añadir un cero más y todavía rebasar la cifra. El estado ruinoso y totalmente desvencijado en que se halla el templo, el llevar poco tiempo abierto al culto, y esto gracias al celo de unos buenos y celosos sacerdotes belgas que allí llegaron para extender el reino de Cristo, su misma situación muy empinada; nada de esto fué obstáculo para que en cada acto se viese llegar mayor contingente de personas de todas las clases sociales: mineros, artesanos, catedráticos, universitarios..., que con no pequeños sacrificios ascendían por las estrechas y sinuosas calles. Y así fué preciso utilizar un nuevo y más amplio salón para dar cabida a todos. Y hasta el mismo poblado de Chaviri, compuesto por solos trabajadores del Cerro, el número de asistencias era en extremo consolador y no escasearon escenas emocionantes.

Tan hondamente vivió la población las jornadas misionales que los espectáculos y centros de diversión se encontraban totalmente vacíos en las horas de los actos religiosos y, aún durante el día, la consumición de bebidas en bares y cafés era asimismo muy escasa. Y se dió el hecho singular de que, habiendo robado del Palacio del Señor Obispo, pocos días antes de la Misión, una «gruesa suma de dinero», según dijo la prensa, el Prelado tuvo el consuelo de ver que los raptos arrependidos devolvían su presa, ganados al bien por la Santa Misión.

Y fué asimismo en Potosí, donde no solo las radios privadas, sino las oficiales, demandaron, por propia iniciativa, de los Misioneros

oportunos radiomensajes para difundir en sus emisiones la doctrina salvadora de Jesucristo. Así iba adueñándose de Bolivia esta gran empresa misional.

Tarea inacabable sería la de anotar, uno a uno, los momentos de intenso renacer cristiano vividos por el pueblo potosino; mas no queremos silenciar la concentración de más de 12.000 personas que, sólo de los centros más limitrofes al templo catedralicio, se dieron cita la noche del 15 de agosto, en la Plaza del 10 de noviembre, después del acto misional de la noche, para protestación de su fe en el dogma de la Asunción de la Virgen Santísima en cuerpo y alma a los cielos y para renovar su consagración a la Madre de Dios, declarándola una vez más Patrona de la ciudad. Asimismo el nutrido acto en el Cementerio, en otro de los días misionales, con Santa Misa por todos los difuntos de la ciudad, y al que acudieron más de 12.000 personas. El impresionante Viacrucis penitencial, en la Plaza del 10 de noviembre, repleta totalmente de *solo hombres* —profesionales, empresarios, mineros, campesinos, universitarios, jóvenes empleados...—. Pasaron de 15.000 los que, en aquella noche inolvidable, exteriorizaron su fe, siguiendo en tan impresionante desfile a la imagen veneranda del *Señor de la Vera Cruz*, que Potosí entero reverencia en el templo de San Francisco, y de la que son celosos custodios los buenos Padres Franciscanos. Era la tercera vez que, en la historia de la ciudad, salía la citada efigie, lo cual es buen testimonio del respeto profundo en que se la tiene. Asimismo las numerosísimas Comuniones y Confesiones en los trece centros misionales establecidos desde su principio. En sola una Misa, la de media noche en la Catedral, pasaron de 3.000 los caballeros que se acercaron a recibir a Jesús-Hostia.

Pero sobre todo resulta imposible describir el acto de clausura realizado en presencia de más de 26.000 personas; y la consiguiente despedida de los Misioneros, a las diez y media de la noche. Fué algo único e inenarrable. Potosí entero se dió cita y exteriorizó su ardiente fe y decidido empeño de mantenerse fiel a su fe y firme en defender hasta la muerte cuanto es y representa el catolicismo.

No en vano, en la misma cima del *Cerro de la Plata*, —al que los primeros cronistas llamaron «emperador de montes», «imán de voluntades», «clarín que resuena en todo el orbe», pregonando «la fama de la Villa Imperial» de las Américas—, está erigida la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, enseñoreándose de toda la ciudad. Es un símbolo de la religiosidad e idiosincrasia de este pueblo y expresión jerárquica de sus valores, entre los que ocupa lo infinito el primer puesto: *Dios en todo y por encima de todo*.

En la ciudad de los «gringos»: ORURO.

Sin posible descanso, porque el tiempo urgía grandemente, en la misma noche de cierre de la Santa Misión y despedida de Potosí, salimos en tren con dirección a *ORURO*, la ciudad que, por el trazado y urbanización de sus calles y plazas y por el importante nudo de comunicaciones de que dispone, más nos hizo sentir el parecido con una capital europea. Llegamos a su estación de vías férreas hacia las doce y media de la mañana; y en los andenes nos estaban esperando el Prelado de la diócesis, Mons. Jorge Manrique, autoridades, representaciones y numeroso público.

Oruro se nos presentó como la urbe boliviana de más marcado sello cosmopolita. Así lo revelan, en primer lugar, las colonias de extranjeros que allí hay, y que hace que, por el elevado número de socios que cada una cuenta, se moteje a la población con el apodo de la «ciudad de los gringos». Confirma esta idea el hecho de contar con la más variada encrucijada de líneas férreas que parten desde Oruro en las direcciones de los cuatro puntos cardinales, y con el más extenso abanico de carreteras y el servicio más variado de líneas de aviación, que enlazan con todos los puntos del país y llevan a las fronteras colindantes y a los aeropuertos internacionales. Es asimismo ciudad predominantemente minera: estaño, cobre, hierro, plata, cinc..., son algunos de los muchos minerales que tiene, como asentada en pleno altiplano. Algunas de estas minas se hallan dentro del mismo radio de urbanización de la ciudad, como la de San José; otras menos próximas, como Huanuni, Machacamarca; y algo más distantes, la de Siglo XX, Catavi, Llallagua..., reputadas como las mejores minas de estaño del mundo.

Y, como acontece en todas partes donde hay riqueza, Oruro es además comerciante e industrial. Cuenta con numerosos establecimientos y fábricas. Y se percibe, de la calle, el rumor de un tráfico ininterrumpido y que delata el dinamismo de un pueblo laborioso y en progreso. Las exportaciones superan en mucho a las importaciones.

Pero tiene una contrapartida: la producción agrícola, que es relativamente escasa por falta de irrigación y por las violentas alternativas atmosféricas. El suelo sostiene numeroso ganado lanar.

Los indios de las afueras o pobladores del campo moran en ranchos miseros, que levantan a intervalos de largas distancias. Se hallan en la más completa ignorancia y se les atribuye instintos de salvaje crueldad para con los blancos. Pero quizá esto último no sea más que «negra leyenda». Ya la historia de todos los tiempos comprueba que el hombre metalizado es el de más duro corazón y el que

menos respeta a sus semejantes, si encuentra donde enriquecerse y se considera más fuerte que el que lo posee. Y en más de una ocasión, el indio de por allí tuvo que tomar la revancha o justa defensa ante el mal proceder y peores obras de tantos aventureros, como por aquellas tierras han vagado y aún andan, en descubrimiento de tesoros minerales. La bolsa, se dice, que es la que más sangre en guerras ha derramado; y la apetencia de dinero sigue siendo la mayor sangría de los humanos y el más bajo móvil de tantas iniquidades cometidas contra estas pobres gentes del campo. Al menos, en una breve excursión que hice por entre ellos, en ningún sitio encontré recelo ni oposición, antes se comportaron muy amables y obsequiosos, sin duda porque saben perfectamente distinguir, hasta por instinto, quiénes son los que se acercan a ellos para hacerles bien, y quiénes los que ansian tan solo forrarse de dinero y, para esto, son capaces hasta de dar la vuelta a la piel de sus víctimas. Este inicuo proceder de los avaros es lo que más impide el despliegue de la civilización así como la penetración de la fe religiosa entre las pobres gentes, cuyo primer encuentro, con blanco o amarillo, ha sido el verse cruelmente acariciado por los golpes del látigo.....

El habitante de la ciudad, por el contrario, tiene fama de ser liberal y sociable, hombre práctico en sus cosas y muy aficionado a expansiones, fiestas y danzas, incluso religiosas. El folklore más característico de Oruro lo constituyen sus afamadas «diabladas», esto, escenificaciones carnavalescas de la pugna real en la vida entre virtudes y vicios. Sin duda, esta forma de ser la debe a encontrarse más a salvo de las arbitrariedades e injusticias que con él pretenda cometer el bandolero, y asimismo por el trato frecuente con la diversidad de «gringos» que allí hay o allí acuden por los caminos polvorientos de la tierra o por las veredas misteriosas de los aires. Se comprueba presto que el orureño vive en un universalismo de usos y costumbres que ha ido formando en él una afición insaciable por lo espectacular.

Por esta causa, ya en el primer acto, el de recepción de los Padres Misioneros, Oruro ofreció una nota distintiva. Millares y millares de personas se hallaban apostadas a todo lo largo del trayecto entre el Santuario de la Virgen del Socavón —donde habían acudido los Misioneros para implorar los auxilios divinos de la que es Mediadora Universal de todas las gracias— y la Plaza del 10 de febrero, lugar de cita para la ceremonia de la entrega de los Crucifijos misionales de los dieciocho centros en que se había dividido la ciudad. Pasaban de 15.000 los fieles congregados allí. Y desde los balcones de la Prefectura se dirigieron al pueblo de Oruro el Señor Obispo, el Prefecto del Departamento y el Alcalde Municipal, así como el Director de la Misión, padre Ricardo A. Yarritu, C. SS. R. Fué aquí donde, por

primera vez, las jerarquías civiles, que en todas partes se habían manifestado respetuosas con la empresa misionera y habían facilitado su actuación, prestaron más decidido apoyo a la misma, arengando a sus gentes en favor del magno acontecimiento apostólico que iba a celebrarse. Lo cual era prueba no pequeña de que la Santa Misión iba calando en las mentes y ahondando en los corazones de todas las clases del país, lo mismo las que ocupaban los puestos rectores que las que se movían en las escalas bajas de la sociedad. Y fueron estas mismas autoridades nacionales, departamentales y militares, las que aquí, como en La Paz, ante las reiteradas quejas de comunistas y filocomunistas y masones, acusando de perturbación a la vecindad con los Rosarios de la Aurora, contestaron muy dignamente: «*Bolivia es un país democrático, que observa profundo respeto a las manifestaciones religiosas*».

El conglomerado o torre de babel de las gentes de esta población imponía el deber de sacudir, en los unos, su indiferentismo religioso. Pues el liberalismo, la masonería y el concepto pagano del vivir, habían soterrado, como entre arenas de dunas, no escasas conciencias. Se precisaba devolver a otros el sentido de su alta condición de católicos en obras más que en meras palabras. Y había que operar en todos una auténtica vuelta, un retorno leal y sincero, a la vida cristiana. Y este cometido no era nada fácil.

Pero el milagro se obró con el acto cumbre de la Misión Infantil en que, ante más de 8.000 espectadores, en el gran templo de la naturaleza y ante un altar al aire libre, millares y millares de niños se acercaron, cual ángeles, a recibir en su pecho a Jesús Sacramentado y, con entusiasmo indescriptible, renovaron sus promesas del Bautismo y consagraron sus vidas a la Virgen María y la pedían por la salvación del mundo, como Ella ha reclamado en sus mensajes de Lourdes y Fátima. Matizado con visos de cielo, este espectáculo resultó conmovedor para cuantos tuvieron la dicha de presenciarlo, y marcó la tónica de los que habían de seguir con las personas mayores en los días inmediatos.

Y el ambiente se fué así tornando cálido. Y las nubes que entenebrecían las mentes —como oscurecen el horizonte y ciegan al viandante las grandes polvaredas que en Oruro con frecuencia se forman— se fueron disipando para dejar brillar en toda su nitidez el sol de la verdad. Oruro retornaba feliz y satisfecho a Cristo. Y a este gran éxito de la Misión, contribuyeron especialmente las juventudes, estas juventudes de hoy que cantan y estudian, trabajan y rezan. Las Comuniones generales de estos jóvenes entusiastas y creyentes en los templos de la Catedral, San Francisco, San Gerardo y en varios de los Colegios mayores de la ciudad, fueron el clarinazo de

triunfo que despertó hasta a los que no querían oír nada de la Misión. Y la conquista fué en auge, y se obró el portento de ver toda la plaza mayor de Oruro repleta de caballeros, haciendo pública protesta de fe en el seguimiento de Cristo. Así fué el solemnisimo *Viacrucis penitencial*, como nadie podía sospechar.

El resto estabada ya hecho. Comuniones generales de señoras, Misas a media noche para caballeros, en pocas partes se encontraron tan nutridas y en oleadas tan densas de personal. En el templo de San Francisco, el más conocido y popular de la urbe, día y noche, más de ocho Padres estuvieron casi de continuo dando absoluciones a los muchos hombres que anhelaban recibir el perdón de sus culpas y disponer así sus almas para recibir el Pan de los Angeles que es también el Pan de los fuertes. Y el último día, el acto de despedida ante el Santuario de la Virgen del Socavón, permanecerá imborrable en las gentes de esta ciudad.

Sobre *Oruro* —palabra aborigen que significa «punto donde nace el sol»—, mediante esta empresa apostólica amaneció un astro-rey de mucho mayores claridades que le sol que caldea sus campos; y queremos no sufra ocaso alguno en ciudad a la que anhelamos días de grandeza, de prosperidad y de paz.....

Los Misioneros salian, al día siguiente de terminar la Misión, para *La Paz*. Quien esto escribe, por disponerlo así el Prelado a requerimiento de una buena familia extranjera, partió a convivir con las gentes de las minas, quedando prendado de su buen espíritu, de sus ansias de ser mejores y sus apetencias insaciables de oír hablar de Dios... Jamás olvidaré tales jornadas misioneras y pido al cielo desciendan copiosas bendiciones sobre tan sencillas gentes.....

En LA PAZ, capital de la nación.

Por fin, en *La Paz*. Constituía la última etapa de nuestra empresa apostólica como capital, de hecho, de la nación boliviana. También a esta populosa urbe había que ganarla para Cristo.

«Soberbia en su altura, cual nido de águilas, que protegen las puntas heladas del *Illimani*» —así la saludó el Papa en el discurso radiado del último día—, es ésta una de las ciudades más altas y más pintorescas del mundo. Se halla situada a 3.630 metros de altura, reposando sobre un valle que la resguarda y brinda un clima sano y templado, entre los 12 y los 18 grados, por lo general. Goza asimismo de un cielo límpido y de un azul profundo en el que destacan, por la noche, las estrellas y brilla, durante el día, el sol con nitidez inigualable. Vigilan los contornos de su horizonte, cual alertas centinelas, las cumbres nevadas y gigantes de los Andes.....

En ella se desenvuelve pacífico y progresista el vivir afanoso de unas 300.000 personas. Cifra que forma como el más reciente eslabón de la cadena que ha ido forjando el tiempo, desde aquel primero anillo que engarzó el capitán *Alonso de Mendoza*, el 20 de octubre de 1548, al echar los cimientos de la futura ciudad y asentar allí, como primer grupo de moradores, a «20 vecinos encomendadores y feudatarios». La impuso el nombre de *Nuestra Señora de la Paz*, en recuerdo de la concordia, a que allí llegaron, después de reñida campaña, los conquistadores *Almagro y Pizarro*.

Un año más tarde, o sea, en 1549, el emperador Carlos V expedía una real Cédula por la que se reconocía a *Nuestra Señora de la Paz* como «ciudad de primer orden en el nuevo reino de Toledo» creado en América. Y la otorgaba en 1555 el poder de usar «escudo de armas».

Hoy conserva la pátina de ese pasado en algunos de sus más célebres monumentos: el templo grandioso de San Francisco, la Iglesia parroquial de San Sebastián, la primera que tuvo esta urbe y que se comenzó a construir en 1548, y que atesora una imagen de la Virgen del Pilar, regalada por Carlos V, y que el pueblo paceño venera con la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Aquí nos tocó misionar, y fuimos objeto de inolvidables atenciones por parte del rector del templo, Mons. Santibáñez. Se revela asimismo en los Museos y en varios centros comerciales y principalmente en los barrios más antiguos con sus calles muy irregulares y pendientes, pero que nada obsta para que por algunas de ellas pasen los modernos coches, circulen los tranvías y hagan su recorrido las «góndolas», como se llaman allí a los autobuses de servicio público.

Sin embargo, ahora esta urbe se presenta al turista con aire de gran población y de perfecto corte moderno por sus amplias y grandes avenidas y plazas, como la del Obelisco y la de Murillo; por sus grandiosas construcciones: la moderna Universidad, el nuevo Hospital Obrero —en el que desarrollamos unas conferencias sobre Deontología Médica—, la Casa Municipal o Ayuntamiento, el Palacio del Gobierno y el Legislativo; por el embellecimiento de sus paseos y parques, por la incesante expansión de populosa urbe, por la agitación e incontenible riada de gentes que de continuo marcha por sus calles y el activo tráfico que se advierte en las vías públicas.

La Paz tiene bien merecida la fama de ser una de las ciudades sudamericanas «más agradables» por la sociabilidad de sus gentes, por el costumbrismo de sus indios, por su mercado buhonero, por la situación geográfica y la maravilla de sus paisajes extraordinarios.

Es además residencia de los altos poderes del Estado, sede arzobispal, residencia de las representaciones diplomáticas de los países

extranjeros con los que Bolivia conserva trato amistoso; punto de cita para cuantos curiosos añoren ver y admirar lugares pintorescos del mundo, y buen faro de proyección para lanzar sobre el continente Ibero-Americano cualquier corriente ideológica, sea del matiz que sea. De ahí que tanto la verdad como el error, el libertinaje y la virtud, se hayan esforzado por sentar sus reales en población tan privilegiada; y el bien y el mal cuenten con buen número de prosélitos, en uno y en otro bando, y no exigua selección de activos propagandistas.

Coalición de las fuerzas arreligiosas contra la empresa misionera...

Ante perspectiva tan compleja de la realidad, no era nada arriesgado predecir que la obra apostólica que se intentaba realizar en La Paz, iba a verse envuelta en un cerco de grandes hostilidades. Y así realmente sucedió.

Hasta llegar aquí la táctica de la Misión había sido ir al copo, y lo había alcanzado. Había ido calando hondo en el buen espíritu del pueblo boliviano; había conseguido reagrupar y reanimar a las fuerzas del bien, con mayoría absoluta en el país, pero que, en aquellos momentos, se hallaban dislocadas y dispersas por las persecuciones y vejámenes de que eran objeto por parte de una minoría revolucionaria, encaramada hasta el poder en los últimos años, y cuyo sino político era imponerse por el terror, sembrar de odios y rencores todos los lugares de la patria, regar con sangre inocente las calles y campos y paralizar, mediante el pillaje, todas las fuentes de riquezas nacionales. La Misión había hecho volver a muchos engañados o extraviados a buscar y abrazarse con la luz de la verdad; y, en medio de un cruel invierno de banderías políticas, comenzaba a renacer una primavera de consoladoras esperanzas. Hasta la masa amorfa e inactiva —ese pesado lastre de indolentes y despreocupados, siempre inservible para todo avance social—, iba desperezándose, saliendo de su atonía y engrosando el grupo de los entusiastas que apoyaban la empresa de Cristo.

El partidismo político, con todos sus intereses de clases, nunca es buena máquina para fabricar el bienestar y progreso de los pueblos. Engendra el odio, y el odio dispersa y aniquila. Solo el amor eleva y regala bienestar y prosperidad a los individuos y a las naciones. Y la Misión, con su mensaje de paz y fraternidad, entre los hombres, brillaba en aquel tormentoso horizonte de Bolivia como alborada risueña, como nueva epifanía de unión y de amor entre todas sus gentes. De ahí que eran unánime y enardecidamente aplaudidas y

apoyadas por todas las personas de buena voluntad las conquistas que esta empresa apostólica iba consiguiendo.

Las fuerzas del mal acusaban asimismo el golpe. Sus huestes desertaban, abandonaban el campo; y los más decididos, saltando de los parapetos, se batían en retirada. Los mismos sicarios del bandillaje de última hora estaban amedrentados de sus fechorías. Pero era demasiado vilipendio para ellos permitir que el triunfo se les escapase así de las manos. Y decidieron atrincherarse con máximo esfuerzo en La Paz, postrer reducto que les quedaba; y batirse allí con fiereza, pues se libraba la última batalla, que resulta siempre ser la definitiva.

Se dispusieron a jugar la última carta: había que obstaculizar, como fuese, el que la Santa Misión alcanzase, en la sede misma del Gobierno, el éxito rotundo ya logrado en las otras ciudades. Y así emprendieron, aún antes que los Misioneros llegasen a la capital, toda una campaña de difamaciones y calumnias, tan de pésimo gusto, tan irreverentes y henchidas de dosis fuertes de maldad, que si, para los doctos, era bazofia impresentable, para los incultos, las mentes poco cultivadas de sectores abandonados de la población paceña, surtía el efecto de bombas de explosiones nucleares. Embaucar a las gentes sencillas, retraer a los pusilánimes y cobardes, prevenir a la masa de público, en general, contra la asistencia a los actos de la Misión, era todo su objetivo. Y para este juego nada limpio, se dieron amistosamente la mano comunistas y «criptocomunistas» —como por allí se dice de los simpatizantes—, exilados políticos y tráfugas de la moralidad, masones, actuando siempre tras la pantalla, y protestantes de todos los matices: luteranos, adventistas, testigos de Jehová, evangelistas, los de advenimiento del próximo reino..... Todos se unieron para, con propaganda escrita y oral, reuniones a domicilio y mítines al aire libre y en plena calle —de todo echaron mano—, causar el mayor perjuicio a la gran obra de apostolado que, para bien de las almas y engrandecimiento de Bolivia, se proponía efectuar la Iglesia Católica.

Mas todo les salió al revés de sus intenciones. Porque fué tal el estruendo que formaron que, en muy contadas ocasiones, suceso alguno habrá logrado mayor publicidad que la conseguida —prestada por los mismos enemigos—, por lo que en breve iba a sobrevenir en La Paz. Era tema de comentario en todos los medios sociales. La Misión así no llegaba de incógnito, ni era un misterio para nadie. Y a amigos y enemigos, a entusiastas y retógrados, les acuciaba un anhelo irreprimible de presenciar sus próximos actos.

Pero no bastaba este ambiente de expectativa insólita. La fe no es solo idea sino adaptación de vida. Y oír no es igual que abrazar

ya las enseñanzas propuestas. Había que triturar el cúmulo ingente de prevenciones y grueso hielo de frialdad de las primeras horas. Era asimismo necesario contar con optimismo de adeptos. Y el simple indiferentismo, cual escarcha mañanera, se fué rápidamente descongelando, hasta formar hervor incontenible, siempre en creciendo, y que culminó en la presencia masiva de La Paz en el acto de clausura para escuchar la voz del Papa, Pio XII, en su radiomen-saje a toda la nación.

Fases de la Santa Misión en la capital y factores del éxito...

En el desarrollo progresivo de este magno acontecimiento, podemos distinguir tres fases: la campaña de plegarias, el dispositivo de la organización y la ejecución de la empresa.

En cuanto al ejercicio de oraciones y sacrificios, se inició desde el momento de hacerse públicas las primeras noticias sobre el particular. Lo emprendieron las almas buenas que, en todas partes, labo-ran por la extensión del reino de Cristo. Se incrementó cuando la noticia fué ganando publicidad. Y de individuo pasó a la comunidad de fieles, a partir del mes de mayo, el mes de las flores a la Virgen. Católicos y entidades religiosas lo tomaron como quehacer de cada día; y así avanzó con mayor intensidad en los siguientes meses hasta la fecha tope de realización de la obra misionera.

Como exponente de la buena acogida que encontró en los cora-zones de la población paceña, transcribimos aquí los datos que publi-caba *Presencia*, semanario cultural e informativo de la capital, y que hacen referencia al tercer mes de la campaña de plegarias, o sea, julio de 1957:

Misas oídas	140.959	Jaculatorias	1.668.659
Comuniones espirituales.....	496.162	Privaciones de espectáculos.	4.382
» sacramentales...	126.171	Limosnas a los pobres.....	41.101
Rosarios rezados.....	156.881	Rezo de oraciones.....	126.770
Mortificaciones corporales...	265.395	Visitas al Santísimo.....	26.689
		Visitas a enfermos.....	6.314
TOTAL... ..			3.059.483

Esta torrentera de plegarias y mortificaciones, como la lluvia abriléña entreabre los capullos de las rosas, así ella hacía descender del cielo abundancia de gracias y bendiciones sobre las almas.

Y a la oración había que sumar la acción. En el bando opuesto no se movían exclusivamente espíritus malignos, fáciles de ahuyentar

por medio de plegarias a lo alto; los hombres declaraban también la guerra a Cristo, y no se les podía espantar con solo agua bendita. A la actividad de los unos había que oponer el esfuerzo salvador de los otros; a la difusión del mal responder con la campaña en pro del bien y de la virtud. Los hijos de la luz no podían dejar el campo libre a las huestes de las tinieblas. Se requería el quehacer, el empeño de los buenos en hacer triunfar la verdad. Y esto reclamaba asimismo organizar debidamente la empresa misionera.

Se entraba así en la segunda operación. Se establece una Junta Directiva con tantas ramificaciones o secciones como exigen las circunstancias; y se dota a cada una de un radio de acción más o menos amplio según la latitud sobre que debe extenderse.

Llegar a un perfecto conocimiento del campo de operaciones y obtener noticia exacta de la situación humana, social, cultural y cristiana, de los misionados; hacer el cómputo de fuerzas de que se dispone; y llegar a conseguir hasta el plano de movimientos tácticos del enemigo; son postulados de toda buena estrategia apostólica. Y para llenar este capítulo de datos se procedió a la investigación de los siguientes hechos: a) número de individuos o población de la zona a misionar; b) familia; c) situación social, ética y religiosa; d) cifra de católicos, protestantes, incrédulos; e) número de bautizados, de no confirmados y sin hacer la primera Comunión; f) instrucción cultural y religiosa que poseen; g) hijos legítimos y naturales; h) porcentaje de menores de siete años; i) matrimonios por la Iglesia; j) matrimonios solamente civiles; k) divorciados; l) concubinatos; ll) matrimonios sin legalizar o simples uniones naturales; m) vivencia y práctica religiosa en el hogar; n) asistencia a Misa los domingos, confesión anual, frecuencia de Sacramentos; ñ) creencias y supersticiones; o) número de los que creen, pero no practican; p) lacras sociales y vicios reinantes...

Y paralela a esta labor callada de información, individuo por individuo, casa por casa, llevada a cabo por grupos de seculares, pertenecientes a la Acción Católica y otras asociaciones piadosas, y, muy especial, por Religiosas ya prácticas en estas tareas de censos y estadísticas; continuaba en su ritmo acelerado la de propaganda publicitaria: de prensa y de radio, con artículos y notas, de carteles murales y octavillas repartidas a granel, de impresos para escaparates de tiendas y despachos, de pancartas a colocar en los sitios más estratégicos y de mayor densidad de circulación, de anuncios luminosos en edificios y en la pantalla de cines y teatros durante los intermedios de las sesiones, de banderitas para los coches y emblemas para fijar las personas en el vestido, y de constantes proclamas y consignas por medio de un buen servicio de altavoces...

Hasta ante los más alejados había que hacer presente la buena nueva y dar un efectivo toque de atención a los distraídos. Ni uno solo debía considerarse extraño al llamamiento de salvación de Jesucristo.

Sólo restaba ya pergeñar el plan de operaciones y ponerlo en ejecución. Y en La Paz, como en otras partes, se inició marcando, como inmediato objetivo, el llevar más hacia Cristo a la niñez. Se comenzó con la *Misión Infantil*. Los niños son ángeles en la tierra, que, casi por instinto, tienden hacia Aquél que más les ha amado, y que dijo: «*Dejad que los niños vengan a Mí..., porque de ellos es el reino de los cielos*». Y precisan para su vivir de ensueño y de pureza. Y la tarea fué fácil: era recoger bellas rosas sin espinas.

Inmediatamente se avanzó a la conquista de la *juventud*. De la juventud que estudia y de la juventud que trabaja. Y en fábricas y talleres, en liceos y centros de docencia —Colegios fiscales y privados, regentados por Religiosos o por otras entidades o simples particulares—, y hasta en torno de los mismos establecimientos de la tropa, se desplegó en los primeros días intensa actividad. Y Cristo tomó posesión, como correspondía, de todos estos centros de grandes agrupaciones juveniles.

La inmensa muchachada estudiantil, de uno y otro sexo, acudía presurosa a las conferencias anunciadas para ellos. Y el resultado fué tan optimista que, no existiendo local en que pudiese darse cabida a tantos miles, tuvo que utilizarse el espacioso foro o Teatro al aire libre de la ciudad, para poder reunir a todos en el acto solemne de su Misa y Comunión general.

No menor fué la efervescencia suscitada en las fábricas. En la imposibilidad de atender a todas, aún las de pequeño volumen de producción, se centró la atención en las más principales, en las que contaban mayor nómina de personal obrero. Fueron unas 30 en total. Y desde el primer momento, se advirtió a los trabajadores que la asistencia era voluntaria, y que los que no fuesen gustosos en acudir, podían libremente dejar de hacerlo. Y no obstante que las conferencias había que darlas a la salida de los turnos de trabajo, acudían en masa con su mono puesto y cansados, sí, pero satisfechos. Es que sus almas no estaban todavía infeccionadas por el corrosivo fatal de las doctrinas marxistas, que tantos daños ha causado en el proletariado del viejo continente. Se mantienen amables con el sacerdote y respetuosos para las ideas religiosas. Y en el «hall» y en las grandes salas del trabajo de casi todas las empresas, se ven altarcitos u hornacinas con alguna imagen del Señor o de la Virgen, que ellos mismos han hecho y allí se ponen con frecuencia a rezar. Si no hacen más o no reciben cuando deben los Sacramentos, hay

que atribuirlo, en su inmensa mayoría, a que ni saben otra cosa, ni hay quien debidamente los forme. Padecen una gran ignorancia religiosa, debida a la terrible escasez de clero que impera en el país; pero les gusta en extremo oír hablar de la religión al sacerdote católico, y es lástima que tanto escaseen los maestros para su espíritu.

Tampoco este apostolado entre motores y turbinas estuvo erizado de grandes dificultades. Y la cosecha resultó copiosa en todas las industrias en que se les atendió como se debía. Permitaseme relatar una anécdota, que resulta bien elocuente. No en La Paz, pero sí en otra de las ciudades misionadas, después de unas conferencias para obreros, se me presentó la Directiva con un banderín, sin estrenar, del partido comunista. Estaba recién bordado, pues debía izarse al viento, por primera vez, a la llegada de uno de los grandes jerifaltes del partido. Les pareció mejor inaugurararlo con mi llegada, y me pedían que se lo bendijese. Les contesté que en cuanto quitasen el emblema de odio que había en él y fuese sustituido por una cruz que, con los brazos abiertos, es símbolo de unión y de amor entre todos los hombres. Y así lo hicieron. Y en La Paz me cupo en suerte predicar al personal de la renombrada industria, "*Forno, S. A. Manufacturas Textiles*", ayudado por las valiosísimas Religiosas Misioneras Cruzadas de la Iglesia. Y fué ésta industria de las que mejor recibieron la palabra de Dios y más se acercaron a recibir los Santos Sacramentos el día denominado de la Patria y del Trabajo.

En cuanto a la juventud enrolada en las Fuerzas Armadas, partió de ella misma la solicitud formulada de que se hiciese presente el P. Misionero en sus cuarteles y residencias para hablarles de religión. Así se cumplió, dándoles un ciclo de conferencias, del 16 al 22 de septiembre. Y en el mismo Círculo Militar se organizó otra tanda para altos jefes y oficiales. El éxito, sin precedentes. Y en el día dedicado al Ejército, fueron muchos los soldados de todos los regimientos y gran número de la oficialidad mayor, que se acercaron a recibir la Sagrada Eucaristía, en la Misa que ofició en el Estadio de la ciudad, el excelentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en Bolivia, Mons. *Humberto Mozzani*.

A la par de este trabajo especializado para juventudes, no podía descuidarse otro más amplio y decisivo, correspondiente a la marcha general de la Santa Misión para toda clase de público. Y así se cumplía en los 48 *Centros Misionales* abiertos en toda la ciudad para ir al copo en la empresa salvífica, y con el fin de que toda la población, sin necesidad de trasladarse a largas distancias, pudiese oír con facilidad el mensaje cristiano.

Como es ya de usanza, este quehacer normativo y global de la Misión se desenvuelve: a) *en actos ordinarios o generales*. Uno muy

de mañana, al rayar el día, con Rosario de la aurora, celebración de la Santa Misa y explicación doctrinal. Y otro por la tarde, hacia el anochecer, consistente en el rezo de determinadas plegarias públicas, mas conferencia religiosa, cantos y sermón moral. La finalidad de ambos es impetrar el auxilio divino por medio de la oración —«*pedid y recibiréis*», nos enseñó Jesucristo—, ilustrar las inteligencias de los fieles con las verdades del contenido dogmático y moral de la religión cristiana mediante instrucciones amenas y cultas, y producir en los corazones el arrepentimiento hasta mover y arrastrar las voluntades a la práctica del bien y mejora o enmienda de toda la vida.

Y con estos actos generales se conjugan: b) *los actos especiales*. Se les denomina así por no ir dirigidos a la masa de creyentes en conjunto sino por secciones, esto es, grupo por grupo, profesión por profesión. Y así se tienen estos desgloses: Misión de niños, de alumnos de Enseñanza Secundaria; conferencias para jóvenes de uno y otro sexo, bien sea juntos o por separado; para caballeros, para señoras casadas, para oficinistas, para empleados; alocuciones a obreros y empresarios, a médicos, a militares, a universitarios, etc., etc. Son selecciones homogéneas por edad, estado o profesión, y a cada una se le particularizan los deberes que le son propios.

Con los primeros, esto es, los actos generales, se aspira a liberar a los misionados del gregarismo, a prestarles un salvavidas para no perecer en el naufragio de distracciones que por todas partes les cerca; a anclar su atención y reflexionar con hondura sobre realidades tan ineludibles y decisivas como son: *El por qué de la existencia*: ¿cuál es la razón de mi vivir?, ¿por qué y para qué estoy en el mundo?, ¿soy tan sólo átomo de polvo que el viento, en un instante, disipa?... *La realidad de la muerte*: todo en torno mío cambia, se altera, fenece. ¡También mi vivir siento que se desmorona! Y, ¿todo acabará con la muerte?, ¿no seré más que polvo, ceniza, nada?, ¿existe el más allá?... *El misterio de ultratumba*: ¿existe la inmortalidad! Vivimos en el tiempo y vamos en vuelo raudo hacia la eternidad. ¡Lo eterno! Y, ¿se exige rendir cuentas del tesoro de la vida!... Y después, sólo dos vías se abren ante nosotros: la que lleva a la felicidad eterna; y la que conduce a la sempiterna desdicha...

Es imposible que, el que con lealtad se caree con estos problemas, no sienta sobre sí mismo ansias de superar lo terreno para conseguir lo que jamás acaba, la tensión del flechazo del espíritu por liberarse de la materia y dar en el blanco del cielo. Y esta es la meta a que apunta la Santa Misión con estos actos generales: determinar en cada alma un estado de seria meditación, y crear en la masa una atmósfera de espiritualidad que envuelva hasta a los

rezagados y a los mismos que se hallan errantes, fuera del camino de salvación.

Los segundos, es decir, los actos especiales, completan y hasta embellecen aún más la obra. Añaden el detalle de la perfección característica en cada alma según el matiz especial de su temperamento, posición social y estado. Vienen a ser a modo de rico bordado o esmerada filigrana estampada en el cañamazo del contenido general de la Santa Misión. Constituyen lecciones precisas de deontología individual y social, que impelen a un sincero examen y detallado cotejo entre *lo que*, de hecho, *cada uno es*, y *lo que*, en realidad, *debería ser*. Plantean a cada conciencia una problemática vital; enuncian a cada profesión el decálogo de sus obligaciones; y despliegan ante el grupo social, la trascendencia ultraterrena de su vivir, el destino inmortal. Pues, la Misión, en su empeño de mejorar y salvar al hombre, le toma tal cual es, le perfecciona como individuo y como ser social, y le enseña a mejorar sus relaciones para con Dios y, a la vez, a pulir la observancia de los deberes para consigo mismo y a estrechar los lazos de amor y colaboración con sus semejantes, o lo que es lo mismo, a no descuidar sus obligaciones sociales.

Y con uno y otro proceso, se consigue triturar las trincheras de escepticismo con que, a veces, topa la acción misionera en grandes sectores de población; y se llega a desplomar las fortificaciones tras las que se parapetan y atacan la degradación y el vicio para impedir el triunfo de la virtud. Y así fué, cómo, en La Paz, se alcanzó romper el cerco de hostilidades, el cinturón de acero, con que querían aprisionar a la Misión los enemigos de Bolivia y de la Iglesia.

Estos —comunistas, protestantes, renegados y laicistas—, empleando su táctica de siempre: el engaño, y la mentira; y, de acuerdo con el lema que es santo y seña de su conducta, «calumnia, calumnia, que algo queda»; se dedicaron al innoble oficio de tramar y difundir infundios e imposturas contra el catolicismo, la Iglesia y sus ministros. Herían ya a toda conciencia honrada. Y la víspera del acto conjunto para las juventudes, arreciaron con tal insolencia y tantas patrañas, que silenciar el hecho podía juzgarse complicidad. Y llegó lo que tenía que venir. Las juventudes estudiosas, decididas y valientes, puestas en pie, al terminar el acto solemnisimo de la Misa de su Comunión general, acordaron y pidieron lanzarse a la calle en imponente manifestación, como réplica contundente y repudio varonil a las falsedades de tan absurdas afirmaciones de los contrarios.

Aquella masa ingente de jóvenes —pasaban de 15.000 los manifestantes— llenando calles y más calles y las avenidas más céntricas de la ciudad, puso en pie a toda la población. Era algo insólito, el

espectáculo más vibrante que La Paz había vivido; y, por doquier, salían las gentes a centenares para contemplar aquel acto de afirmación religiosa y patriótica. Con paso marcial, desfilaban en tendido trayecto aquellos muchachos que entonaban himnos a la Patria y canciones religiosas. No era algarada política, ni intentona revolucionaria. Allí no se proferían ¡muera! a nada ni para nadie. Era un acto de afirmación de algo que se lleva muy dentro del pecho y aflora a los labios en un solo grito unánime y rotundo: «¡Cristo, sí! ¡Comunismo, no!». Era el ¡vitor! de todos los corazones, que henchía el espacio y resonaba atronador en todos los ámbitos de la ciudad, cuando, como un eco, otra vez se alzaba de entre la masa de millares y millares de espectadores sumados a la manifestación y que, a coro, entusiásticamente repetían: «¡Cristo, sí! ¡Comunismo, no!, ¡Cristo, sí! ¡Comunismo, no!».

Bolivia entera, mejor que en un plebiscito de votos depositados sigilosamente en las urnas, patentizaba de modo bien palmario cuál era su voluntad y más firme decisión. Lo cantaba por boca de sus mejores y más cultas juventudes, y por la incontable masa de población que a ellas se había unido. Ningún otro partido ni secta podía ofrecer nada que a ésto se asemejase. Y estas nuevas generaciones siguieron en su itinerario hasta desembocar en la amplia y hermosa plaza de Murillo, donde está situado el Palacio del Presidente y el del Gobierno. Ni un grito demagógico; antes, sólo ¡vivas!, cantos y aclamaciones incesantes, con que demandan la aparición del Jefe del Estado en el balcón central de su residencia. Y, por fin, una salva atronadora de aplausos acoge la presencia del Presidente de la nación ante sus mejores súbditos, los que más sueñan en el porvenir de grandeza para su patria; y les dirige una arenga en la que ensalza la actualidad y trascendencia de la idea católica en todo el mundo, y en la hora presente.

Por fin, desaparecen las nubes y brilla el sol de la Verdad...

En suma, se había alcanzado llegar al cenit de esta jornada espléndida. Los densos nubarrones, que emplomizaban el espacio y presagiaban recia tempestad, se disipan, y aparece ya límpido el horizonte. Los enemigos no vuelven a presentar combate. El gesto juvenil y la adhesión entera de La Paz, fué como un impacto certero y demoleedor de todos sus baluartes. Sus mismas huestes les abandonan y se pasan al campo de los que apoyan incondicionalmente la obra de la Misión. Y desde este momento se va de victoria en victoria; resulta todo una marcha triunfal.

Los 48 *Centros Misionales*, establecidos en la urbe, resultan incapaces de contener al inmenso gentío que, desde esta hora, acuden a ellos. Solo mediante un buen montado servicio de altavoces se logra atender a los que, apiñados, se encuentran fuera del recinto del templo, en plena calle.

En la ceremonia del acto en el *Cementerio*, se congrega una muchedumbre no inferior a 65.000 *personas*, que, sobre la tierra misma en que ya descansan los restos de cuantos les han precedido en el tiempo, oran por sus difuntos, ofrecían en sufragio la Santa Misa, y escuchaban silenciosos la palabra del Misionero, meditando sobre lo huidizo del vivir, lo cierto es que el morir, y proponían estar siempre preparados para el momento supremo de subir hasta la presencia del Todopoderoso y rendir cuentas de nuestro paso por la tierra...

De 28 á 30.000 fué el número de sólo *caballeros* que se dieron cita en el lugar más amplio y céntrico de la urbe, el *Obelisco*, para acompañar al divino Redentor en las 14 estaciones del *Viacrucis penitencial*, organizado exclusivamente para hombres. Y allí, al frente de ellos o formando en las filas penitenciales, estaban los misioneros y el clero diocesano y regular, los señores Obispos de Corocoro y el de Oruro, el Obispo Auxiliar y el señor Arzobispo de La Paz, y el mismo Nuncio de Su Santidad en Bolivia. Y ante el amor de un Dios que da su vida por los mismos que, de continuo, le crucifican, se eleva de todos los pechos un férvido rumor de plegaria y de perdón: «*por los que odian y persiguen; por los que se obstinan en su propia crueldad y se complacen en el suplicio de sus victimas; por los equivocados que fanatizan su equivocación; por los que sufren y tienen hambre y sed de justicia; por los que viven sin saber nada del amor de Dios;... ¡Perdón, Señor, perdón! ¡Perdón! para nosotros mismos: por no ser justos y santos en la Verdad de Dios; por no saber vivir hermosamente nuestra Verdad y nuestra Vida; por no sentir el misterio del arrepentimiento de nuestro dolor*».....

Y allí, aún de rodillas ante el Cristo del perdón, prometían todos los asistentes reconciliarse con el Señor en el Sacramento de la Penitencia. Y la palabra fué fielmente cumplida.

En la fecha determinada para acercarse los hombres al Sacramento del Amor, el gentío fué, ya de vísperas, tan inmenso en el templo metropolitano de la Catedral, que resultaba imposible franquear las puertas de acceso. Desde primeras horas de la tarde, más de 30 sacerdotes estaban allí recibiendo las confesiones de caballeros que, en filas interminables, aguardaban turno ante los confesorios. Hacia el anochecer fué preciso aumentar el número de los ministros del perdón. Y cuando a las 23 horas, escalaba el púlpito de la iglesia el P. Director de la Misión para dirigir la Hora Santa, que

había de preceder a la *Misa de Comunión de la media noche*, pudo con toda verdad comenzar así: «*Jesucristo, el Jueves en que instituyó la Sagrada Eucaristía, no estaba rodeado sino de hombres*. Al menos el Evangelio no nos dice que estuviese allí ni siquiera su misma Madre, la Virgen Santísima. *Y ahora en La Paz, en este templo principal, solo está también cercado de millares de hombres*»...

Y era exacto. La multitud apiñada invadía todo el espacio de la amplia iglesia, que cuenta con más de cuarenta metros de ancha por ochenta de larga. Y en la misma escalinata del pórtico permanecían, de pie y fuera, centenares por no tener cabida en el interior. Y desde allí oraban unidos a los de dentro y entonaban cánticos de júbilo, en espera del momento supremo de recibir la Sagrada Eucaristía.

Al llegar la Comunión del Santo Sacrificio, diez sacerdotes parten primeramente del altar de la celebración seguidos de otros tantos, que a duras penas logran abrirse senda por entre la abigarrada multitud para, desde diversas partes del templo, repartir a todos el Pan de los Angeles, ya que acercarse al altar era imposible. Y cuando, pasada la una de la madrugada, aquel torrente humano desemboca hacia la calle, llevando en el pecho a Cristo, y felicitándose de haber vencido tantas cosas que hasta la fecha les retenían alejados del Dios; nueva ola de caballeros se explaya en el interior en espera de purificarse de sus culpas, y así continúa durante toda la noche. A los perdonados, se les va distribuyendo cada poco el Pan de los fuertes.

¿Diez, doce mil Comuniones repartidas? Ese fué el número de las Formas consagradas para solo este acto en el templo catedralicio. Y sumando los otros millares que, a la misma hora, se estaban dando en los Centros que, por hallarse alejados de la Catedral, se les había autorizado a tener esta conmemoración eucarística a media noche; y añadiendo asimismo las que, a la mañana siguiente, se distribuyeron en las Misas de Comunión organizadas en todos los Centros; y además las miles ya dadas en los actos de los jóvenes, obreros y militares, que ya lo habían hecho en sus respectivos días; se comprenderá que no era hipérbole sino resultado de hechos verídicos, el título que, con gruesos caracteres, apareció en la prensa de la capital: «*30.000 Hombres renovaron el Jueves Santo*».

El último acto misional: Radiomensaje a Bolivia de Su Santidad, Pío XII.

Con tales antecedentes, se preveía ya el carácter apoteósico que tendría, en la tarde de este domingo, el final de la Santa Misión. El éxito se daba por seguro. Y la expectación y ansiedad adquirieron volumen incommensurable, al circular la noticia de que Su Santidad, Pío XII, como el mejor Misionero, iba a dirigir las últimas palabras a Bolivia.

Las siete de la tarde era la hora marcada. Pero ya antes de las cinco, ríos incontenibles de gentes marchaban por todas partes con rumbo al lugar de la concentración. A las seis, el aspecto era ya imponente. Y millares de fieles acompañaban, con oraciones en alta voz y cánticos, el rito de la Santa Misa, prevista para esta hora. En cada momento continuaba la riada más arrolladora. Y al marcar el reloj la hora convenida, el gentío congregado, según cálculos de los expertos en grandes concentraciones, excedía en tres veces más de lo que la Plaza de Murillo, lugar típico de las mayores manifestaciones pacesñas, podía contener.

Allí estaban, al pie del altar levantado al aire libre y en acotaciones reservadas, las jerarquías de la Iglesia —el señor Nuncio de Su Santidad, el Arzobispo y Obispo Auxiliar de La Paz—, las Ordenes Religiosas, los Canónigos y Beneficiados, sacerdotes seculares; representaciones de las autoridades de la Nación, del Cuerpo Diplomático, destacándose la representación de España; y una compacta muchedumbre que pugnaba por estar lo más cerca posible.

Y no era solo en esta urbe. En las restantes poblaciones del país, especialmente en las misionadas, las gentes se reunieron ansiosas de escuchar la palabra del Papa, representante de Jesucristo en la tierra; y entonar a continuación un solemne Te Deum, actuando en cada lugar los Obispos en esta ceremonia, para dar gracias al Señor por los beneficios recibidos con la Santa Misión.

La emisora nacional, Radio Illimani, establece conexión con las restantes emisoras del país y enlaza con los altavoces distribuidos en toda la explanada. Y llega a anunciar: «cinco minutos..., tres minutos..., un minuto..., para enlazar con Radio Vaticana, y el Papa va a hablar». Momento de expectación indescriptible.

Por fin, como eco de sonido lejano que se acerca, resuena el vol-tear de las campanas de San Pedro en Roma. Y seguido: «Radio Vaticano trasmite el mensaje que el Santo Padre dirige a Bolivia». E inmediatamente la voz clara y paternal del Vicario de Jesucristo se expande sobre aquella muchedumbre de más de 150.000 radioyentes, y dice: «*Amadísimos hijos, bolivianos todos*»...

Una honda emoción estremece a todos, las lágrimas corren por centenares de mejillas, y, en medio de un silencio sagrado, la voz continúa:

«Con la clausura de la Santa Misión de la ciudad de La Paz celebráis también el fin de la Misión General que durante casi cuatro meses ha hecho resonar en todo vuestro país un llamamiento extraordinario para la renovación de los espíritus.

...Hoy hablamos a toda una Nación, que Nos imaginamos en estos momentos, como un solo cuerpo, emocionado y vibrante, por donde el fuego misional ha pasado sin perdonar rincón, iluminándolo, vivificándolo y purificándolo todo...; desde Cochabanba y Tarija, hasta Oruro y Potosí, Sucre y ahora La Paz...

Enhorabuena a todos, a los organizadores y a los colaboradores, pero principalmente a los que de esta Misión os habéis beneficiado, los unos para aumentar el fervor de vuestra vida cristiana; los otros para sacudir esa tibieza que tenía adormecida vuestra alma; los otros, puede ser también, para salir de un estado que no dejaba reposar en paz sus conciencias...

Enhorabuena y gracias. Gracias a vuestros diligentes Pastores...; a las autoridades...; gracias especialísimas a los incansables misioneros...; gracias a todos los que por la Misión han ofrecido oraciones y sacrificios, desde la penumbra de una celda o en el ajeteo fatigoso de la calle; gracias a vuestra Madre Santísima de Copacabana, que una vez más os ha demostrado su afecto maternal y su predilección, procurándoos con su intercesión esta abundancia de dones celestiales; gracias sobre todo al Señor y Padre vuestro, al dador de todo bien...».

El Papa enumera seguidamente lo que ha de considerarse como el fruto permanente de la Santa Misión, y lo centra en estos cuatro puntos: 1.º *«grandeza del matrimonio cristiano*. 2.º *«determinación firmísima de velar por la santidad de la familia»*. 3.º *formación científica y religiosa de la juventud*. 4.º *fomento de «vocaciones sacerdotales y religiosas cuya necesidad tantos sentís»*.

Y concluye así: *«Bolivia..., cae de rodillas ante el trono de Dios, que te tenía reservado este tiempo propicio, este tiempo de salvación, y prométele que esta Misión va a ser el principio de un nuevo capítulo de tu historia»*.

Y una explosión entusiasta de vitores y aclamaciones a Cristo, a la Iglesia, al Papa, irrumpe como la llama de un volcán, de aquella masa enardecida, después de recibir la bendición que el Papa acaba de impartir para todos.

Glorioso balance de la jornada misionera.

Este fué el más digno remate de la gloriosa empresa misionera en que dominicos, franciscanos, jesuitas, capuchinos, redentoristas, paúles, clarecianos..., secundados por el clero nativo de Bolivia, por las Religiosas Misioneras Cruzadas de la Iglesia, Damas Apostólicas y apostolado seglar; con unión de voluntades y dirección de mando, con perfecta concordia en los movimientos y sin otros móviles que «la mayor gloria de Dios y provecho de las almas»; llegaron a cosechar, en sólo cuatro meses —«*Misiones en Bolibia. 1 Junio-30 Septiembre, 1957*»—, los siguientes ubérrimos frutos: más de *un millón* de personas misionadas; unas 600.000 *Comunion*es administradas; *matrimonios* legalizados, 11.856; incontable número de almas puestas en amistad con Dios, y anuncio del mensaje evangélico en calles y plazas, en templos y teatros, en fábricas y talleres, en escuelas y universidades... para todas las gentes de buena voluntad.

Y los Misioneros, reconocidos al favor que el cielo les había hecho al escogerles para tamaña obra y humillados por tantas maravillas de la gracia como habían topado, conscientes de la realidad que el apóstol S. Pablo expresa por estas palabras: «Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino que Dios dá el incremento... Porque nosotros somos sólo cooperadores de Dios» (I Cor. 3, 7-9); todos unánimemente reconocían lo feliz de esta frase del Sr. Nuncio: *El fruto* de la Misión se debe, el 50 por 100 a las Misioneras, el 50 por 100 a los Misioneros; y el 100 por 100 a la gracia de Dios.

Y a la verdad que estas matemáticas sobrenaturales no fallan, porque expresan el peso de la balanza divina, que es siempre la que marca sin engaño y mejor.

Sixto María de Pesquera, O. F. M. Cap.

Bravo Murillo, 150.—Madrid.